

Saco y Martí. Coincidencias y divergencias

Ibrahim Hidalgo Paz

Historiador. Centro de Estudios Martianos.

Las escasas menciones a José Antonio Saco en la obra de José Martí es una de las causas de que pocos autores se hayan referido a la relación del pensamiento político de aquel con el del Apóstol. Otro motivo pudiera hallarse en la tendencia, presente en algunos estudiosos del ideario martiano, de solo establecer sus vínculos con personalidades históricas que alcanzaron en su época un reconocimiento similar al del Maestro, por el carácter progresista o revolucionario de sus concepciones. Este proceder conduce a lamentables errores de interpretación, pues en la evolución de las ideas de la generalidad de los seres humanos inciden múltiples tendencias, criterios, opiniones que el individuo asimila o rechaza, total o parcialmente, en correspondencia con su formación política e ideológica. En el caso cubano, son innegables las contribuciones del pensamiento reformista a la cultura política de los habitantes de la Isla, pues sus representantes, en diversas épocas, lograron abrir espacios en la prensa y la tribuna para la crítica y el debate de múltiples temas

—culturales, sociales, económicos— que contribuyeron a la formación del sentimiento nacional ante la actitud de una metrópoli que ni siquiera concedía los cambios sugeridos por quienes pretendían condiciones más favorables bajo el dominio de España.

Debe tenerse en cuenta, por una parte, que la utilización del método electivo le permitió a Martí incorporar a su ideario elementos del conocimiento de diversas procedencias, sin negar sus propios principios éticos y revolucionarios; por el contrario, fortaleciéndolos y confiriéndoles una magnitud y profundidad que hicieron, en muchos sentidos, que generara concepciones de alcance universal. Señaló que «no hay manera de salvarse del riesgo de obedecer ciegamente a un sistema filosófico, sino nutrirse de todos».¹ Las fuentes más cercanas de su ideario y actuación se encuentran en los hombres de la Guerra de los diez años, que fueron sus contemporáneos, en la tradición patriótica legada por ellos, con quienes coincidió en la convicción de la posibilidad de fundar una Cuba libre, independiente. Además, como ha sido estudiado por múltiples autores, recibió el legado intelectual del pasado, cuyas figuras cimeras fueron

* Primera Mención en el Premio *Temas* de Ensayo 2009, en la modalidad de Ciencias sociales.

Félix Varela y José de la Luz y Caballero. Comparto la opinión de quienes sostienen que un pensamiento orgánico como el de Saco también debió incidir de algún modo en su formación.²

Sustento la hipótesis de que Martí conoció parte sustancial de la obra saquista. Debemos reparar en que, cuando nació, en 1853, ya el ilustre bayamés, de cincuenta y seis años, había publicado textos tan relevantes como *Memoria sobre la vagancia en Cuba*, en 1831, y su trascendental *Análisis por don José Antonio Saco sobre el Brasil, intitulado, Notices of Brazil in 1828 and 1829, by Rev. R. Walsb, autor of a journey from Constantinople*, que lo habían dado a conocer como un brillante intelectual, estudioso profundo de su país, y un polemista osado, capaz de defender sus criterios con argumentos demoledores, incluso en temas como la trata y la esclavitud, sensibles para los intereses de la oligarquía cubana y española; y se había enfrentado a la tendencia anexionista y aportado profundos razonamientos sobre las consecuencias para la nacionalidad cubana si la Isla fuera absorbida por los Estados Unidos. A esto se suma su crítica a las instituciones coloniales y a los despóticos procedimientos empleados por España en la mayor de las Antillas, con lo que evidenciaba las deficiencias de aquel sistema de dominación.

Cuando Martí tenía solo cinco años de edad, Saco comenzó la edición de su *Colección de papeles científicos, históricos, políticos y de otros ramos sobre la isla de Cuba, ya publicados, ya inéditos*. En los momentos en que el adolescente habanero manifestaba por primera vez, en forma escrita, su posición ante los acontecimientos políticos de su patria, en 1869, el anciano bayamés tenía en su haber más de siete lustros de labor divulgativa en libros, folletos y periódicos; al morir, en Barcelona, el 26 de septiembre de 1879, hacía cuatro años que había comenzado a publicar los tomos de la obra monumental que se conocería como *Historia de la esclavitud*.³

El joven independentista llegó a España, deportado por segunda ocasión, pocos días después del deceso del prolífico escritor, pero el hecho no aparece consignado en sus anotaciones y textos del período. Tampoco hallamos en sus escritos posteriores comentarios críticos o reseñas de obras de Saco, o artículos que reflejen la trayectoria política de este. Tal escasez de evidencias hace difícil establecer vínculos entre ambos pensadores; no obstante, algunos autores los han advertido, como Raimundo Menocal y Josef Opatrný, tema analizado anteriormente por Paul Estrade.⁴ Otros han hecho mención de los vínculos de ambas personalidades al considerar los antecedentes del ideario martiano, como Medardo Vitier, Roberto Agramonte y Fernando Ortiz.⁵

Los vínculos entre ambos se encuentran mediados por múltiples elementos. El revolucionario radical, a

pesar de las escasas alusiones al gran polemista, lo sitúa acertadamente en la época formativa de la conciencia cubana, entre las mentes más lúcidas de las primeras décadas del siglo XIX que elaboraron concepciones autóctonas para la interpretación de la sociedad y la búsqueda de soluciones propias, beneficiosas para los sectores clasistas que representaba, y que podrían conducir a la modernización del país. De este modo, valora el Apóstol la etapa en que Antonio Bachiller y Morales estudiaba en el colegio San Carlos, cuando el padre José Agustín Caballero declaraba «campo propio y cimiento de la ciencia del mundo el estudio de las leyes naturales; cuando salidos de sus manos, fuertes para fundar, descubría Varela, *tundía Saco*, y La Luz, arrebatada» (t. 5, p. 145).⁶ Era una época de creadores de un mundo intelectual y disputaban con todas las formas de oscurantismo, intolerancia y fanatismo. La frase «tundía Saco» revela, con la admirable síntesis martiana, uno de los rasgos definitorios del que hasta los últimos días de su vida mantuvo la polémica ardiente como un arma del accionar político.

En la obra del Maestro apreciamos el respeto por quien generó juicios contradictorios, hasta el punto de ser acusado, como expresara el propio Saco, «no ya de *independiente*, sino de *predicador de independencia*, y lo que es más criminal todavía, de *admirador de los Estados Unidos, en cuyos brazos deseo que se arroje la Isla de Cuba*».⁷ No hallamos en Martí expresión alguna que induzca a pensar que compartiera tales falsedades; valoró positivamente, desde su concepción independentista, el rechazo al anexionismo del reformista, que «no creía en parches andaluces ni postizos rubios para las cosas del país» (t. 5, p. 282).⁸ Tan breve juicio no permite una elaboración compleja de la visión martiana sobre aquel, pero es suficiente para afirmar que el Apóstol conoció los aciertos de su argumentación al rechazar la absorción de Cuba por el vecino poderoso y exponer la imposibilidad de encontrar soluciones a los problemas cubanos mientras España no aceptara profundas reformas.

Martí admiró la dignidad intelectual de quien optó por vivir modestamente, hasta el límite de la pobreza, antes que hacer concesiones, incluso a quienes sufragaban económicamente sus necesidades. Ofreció indicios del conocimiento de la obra saquista en un breve párrafo en que invitaba a brindar ayuda a la hija de aquel hombre honesto, María Ana Cristina Saco y Frías, urgida del apoyo material de sus coterráneos:

Con el corazón amargo y su casquete de terciopelo, murió, como único caudal, el autor de la *Historia de la Esclavitud*, y de los *Papeles sobre Cuba*. Para su hija es un buen concierto, en el salón elegante de Brunswick, el día 22. Ir a él será prueba de gratitud y patriotismo.⁹

Tengamos en cuenta que esta nota fue escrita en septiembre de 1894, cuando los preparativos de la guerra emancipadora casi tocaban a su fin. El Apóstol era consecuente con uno de sus principios cardinales: «Honra y respeto merece el cubano que crea sinceramente que de España puede venir un remedio durable y esencial» (t. 4, p. 240).

Un pensador como Martí, estudioso infatigable de todo cuanto contribuyera a la formación del sentimiento y las convicciones de sus compatriotas, conoció lo esencial de los escritos saquistas, en particular los mencionados, pues lo más importante de la obra del bayamés ya estaba publicado cuando el joven revolucionario realizaba estudios en La Habana y en Madrid, y continuó editándose aun después de su muerte.¹⁰ Esta afirmación no se sustenta en las referencias directas a la obra de Saco, sino en el modo de abordar algunos de los temas tratados por el Maestro, en cuyos textos afloran argumentos donde se percibe la huella de aquel, aspectos de la lógica expositiva en las que se hallan semejanzas, en el modo de estudiar asuntos en los que habían variado las circunstancias, pero no la validez de la forma de plantearse el enfrentamiento y el despliegue de los recursos de la polémica, para los que pudo hallar ejemplos sobrados en el bayamés.

Sería un error metodológico e ideológico considerar que Martí, fundador de una organización político-militar para preparar la guerra independentista, asumió como propios los criterios de Saco, sus fundamentos y objetivos políticos, pero no lo es apreciar, por una parte, coincidencias entre algunos de los temas tratados por él en su extensa obra y asuntos elaborados por el reformista, como en el caso del anexionismo y el expansionismo estadounidense; y, por otra, percibir el tratamiento explícito o implícito de determinadas ideas que si bien eran expuestas por diversos políticos o estudiosos del momento, en nuestro país fueron enfocadas de modo amplio y profundo por el agudo polemista, como los que fundamentaban la nacionalidad y rechazaban la esclavitud.

En las páginas siguientes intentaré analizar estas coincidencias y rechazos temáticos y argumentales por parte de quien buscaba afanosamente, y con plena conciencia crítica, en las áreas más diversas del saber, con su mente abierta, sin absurdas limitaciones, lo que le permitió incursionar en los textos de Saco. Este, aunque defendió la continuación de la dependencia del régimen colonial español y de una élite económica y social de la que esperaba el apoyo a sus solicitudes de reformas, reveló como pocos en su tiempo las deficiencias del sistema de gobierno imperante. Con sus críticas a las instituciones coloniales y su denuncia de las arbitrariedades del despotismo y de los abusos sistemáticos de la metrópoli contribuyó, a pesar suyo,

a crear condiciones subjetivas que favorecieron el desarrollo de las ideas revolucionarias.¹¹

Constituye una tarea sumamente compleja establecer una relación cronológica de este proceso. Solo podemos observar los vínculos entre Saco y Martí en sentido general, valorando de conjunto la obra de ambos, los que, además, fueron consecuentes con sus ideas esenciales desde sus etapas iniciales hasta el final de sus vidas. En ambos está ausente la pretensión de elaborar sistemas filosóficos; pero sus criterios se exponen con sistematicidad y, como pensadores políticos de vasta cultura, pueden rastrearse en sus criterios las influencias de autores clásicos y contemporáneos, con mayor incidencia en el revolucionario independentista, quien, sobre todo en sus cuadernos de apuntes y fragmentos, manifestó sus meditaciones sobre el sentido de la vida y el lugar del hombre en el universo; no obstante, predominó en todo momento, sobre la reflexión pasiva, la actuación congruente con los principios sustentados.¹² Estas características determinan la consideración de los *corpus* de textos saquista y martiano como totalidades, de modo que la aplicación del método comparativo omite, para este trabajo, la evolución que distingue a todo pensador. Advierto, además, que no pretendo realizar el estudio paralelo del ideario de ambos pensadores, sino solamente de aquellos aspectos que posibiliten demostrar la relación señalada en los párrafos precedentes.¹³

El anexionismo

Es este el tema en que se hace más evidente la relación de los razonamientos del Maestro con los de Saco; y es, al propio tiempo, el que muestra más diáfananamente los objetivos diferentes y la superación de las limitaciones del reformista por el revolucionario. Ambos expresaron su admiración por las instituciones democráticas y por el avance tecnológico y económico de los Estados Unidos, pero sin el deslumbramiento acrítico propio de quienes apreciaban superficialmente la realidad circundante. Saco afirmaba que «esta admiración no es fanática ni sin límites, y entre las eminentes cualidades que distinguen al pueblo norteamericano, no dejo de percibir los defectos de que en mi concepto adolece» (t. 3, p. 233). Y concluyó: «Por brillante y seductora que sea la perspectiva de los Estados Unidos, debo confesar con toda la franqueza de mi carácter que no soy de los alucinados ni seducidos» (t. 3, p. 234).

De modo similar apreció Martí aquel país. A su llegada, en 1880, dominaba una amplia información sobre él; se había formado sólidos criterios acerca de sus características, observadas desde México, donde había radicado durante casi dos años, y en cuya prensa

combatió los intentos expansionistas del prepotente vecino,¹⁴ al cual calificó con los rasgos del antiguo imperio romano: «México crece. Ha de crecer pa[ra] la defensa, cuando sus vecinos crecen pa[ra] la codicia [...] ¿Qué va a ser América: Roma o Espartaco? ¿Qué importa que el César no sea uno, si la nación como tal una, es cesárea?» (t. 19, pp. 21-2).¹⁵ Los antecedentes de tal apreciación se encuentran en uno de sus apuntes escritos en España en 1871: «Y si hay esta diferencia de organización, de vida, de ser [...] ¿cómo queréis que nosotros nos legislemos por las leyes con que ellos se legislan?» (t. 21, pp. 15-6).¹⁶

Repercutía en estas anotaciones la indignación de los cubanos de las emigraciones, quienes se manifestaban contra la actitud de la supuesta democracia nortea, que había vendido barcos artillados y armamento a la Corona ibérica mientras invocaba la «ley de neutralidad» para impedir a los cubanos efectuar compras similares.¹⁷

Los primeros artículos martianos publicados en el periódico neoyorquino *The Hour*, bajo el título «Impresiones de América (por un español muy fresco)», revelan la intención del autor, al expresar que se hallaba en un país «donde cada uno parece ser su propio dueño» (t. 19, p. 106).¹⁷ Mostró que tras las apariencias la realidad era otra, ignorada por los observadores ligeros. En el último de los artículos caló con profundidad las falsedades que se divulgaban en la prensa y preguntó: «[¿] tienen los Estados Unidos los elementos que se supone que poseen?» (t. 19, p. 117). Esta suposición incluía la distorsionada creencia de que aquel país era «hogar seguro» de «la verdad, la libertad y la dignidad» (t. 19, p. 124).

Aquella era la nación a la que los anexionistas pretendían que se uniera la patria cubana. El Maestro volcó sus preocupaciones más íntimas en apuntes personales que continuaban el análisis histórico-político iniciado desde su estancia en España: consideró que quienes «a la par que se oponen a la Revolución, admiran este pueblo» (t. 21, p. 165),¹⁸ si desean imitarlo deben comenzar por hacer lo que los estadounidenses para lograr su prosperidad, independizarse.

Saco, que estimaba en todo su valor las peculiaridades de los cubanos, consideró que «[p]oseídos estos [los ciudadanos estadounidenses] del orgullo más exagerado, créense superiores a todas las naciones» (t. III, p. 382). Martí, en su labor desmitificadora, apeló a sus conocimientos de la realidad que apreciaba directamente, así como a los orígenes del pueblo que algunos consideraban superior, basados en falaces hipótesis pseudocientíficas. En uno de sus fragmentos, expuso: «¿Superiores los sajones, y tardaron 6 000 años desde su venida de la India sin adquirir civilización propia?» (t. 22, p. 98).¹⁹

La nación que conoció el bayamés durante sus visitas en 1824 y 1828 se caracterizaba por el predominio del sistema esclavista y una política expansionista solo refrenada por las circunstancias internacionales, pero siempre amenazante, en respuesta a los requerimientos de un capitalismo aún sin pleno desarrollo industrial, aspirante a la apropiación de territorios donde ampliar mercados para sus mercancías. Su larga existencia le permitió apreciar cambios notables en la parte norte del continente, pero sin que la vida le alcanzara para conocer el desarrollo del sistema luego de la abolición oficial de la esclavitud como consecuencia de la Guerra de secesión, el ascenso del incipiente capital financiero y las primeras manifestaciones del imperialismo moderno, características reflejadas en la obra martiana.

En épocas diferentes, coincidían en el cuestionamiento de quienes afirmaban que aquel país era un ejemplo que debía imitarse, por la perfección de su vida política. Saco observó que aquella era una «democracia desenfrenada», y que el gobierno de los Estados Unidos «frecuentemente se deja intimidar o arrastrar por el grito de la democracia. Esta se va desmoralizando cada día, a lo menos en ciertos Estados; las leyes ya no infunden aquel respeto que en tiempos anteriores». Luego enjuiciaba el deterioro moral de los políticos: «la ambición de alcanzar el poder, o de mantenerse en él, obliga aun a los ciudadanos más distinguidos a cortejar los votos de la multitud, pues esta es la que concede los empleos y los favores» (t. III, p. 381).

En la segunda mitad del siglo XIX, como expuso Martí, el fenómeno se había recrudecido: «En verdad, no presentaba esta tierra a los observadores de su máquina política menos deplorable espectáculo que el de los más viejos y corruptos países» (t. 9, p. 100). Su estudio cotidiano del accionar de los políticos de oficio y de los partidos lo llevaron a afirmar que «en vez de robustecerse la democracia y salvarse del odio y miseria de las monarquías, se corrompe y aminora la democracia, y renacen, amenazantes, el odio y la miseria» (t. 28, p. 292).

Conocedor de las aviesas intenciones del país vecino con respecto a nuestra patria, Saco alertó a los cubanos sobre las declaraciones oficiales de los gobernantes del Norte, cargadas de falsedades:

Yo quisiera infundir mis ideas a todos mis compatriotas; quisiera que desconfiasen de todas las promesas, aunque saliesen de la boca del mismo Presidente [de los Estados Unidos] y quisiera que ninguno se prestase incautamente [sic], a pesar de la mejor intención, a ser juguete de planes e intrigas, que si se frustran, solo perjudicarían a Cuba y a sus hijos; y si se realizan aprovecharán a los que nada pierden, ni arriesgan (t. III, p. 276).²⁰

A uno de sus amigos que lo inducía a abrazar la causa antinacional le preguntó: «¿Conviene a Cuba

reunirse a los Estados Unidos?» (t. V, p. 253). Es notable la semejanza formal de una interrogante martiana: «¿Conviene a Hispanoamérica la unión política y económica con los Estados Unidos?» (t. 6, p. 160).

El expansionismo

Las valoraciones saquistas sobre el carácter de la nacionalidad norteaña y de los propósitos del gobierno estadounidense no dejan lugar a dudas sobre su conocimiento de la trayectoria histórica y los peligros que representaba el expansionismo yanqui para la América hispana, y para Cuba en particular:

En años anteriores, todas las esperanzas de muchos hijos de la república americana se cifraban en adquirir el hemisferio en que habitaban desde el Polo Norte hasta el istmo de Panamá; pero no contentos ya con tan vasto territorio, hoy proclaman en sus periódicos y juntas públicas que conquistarán todo el Nuevo Mundo. Un país donde se propagan ideas tan peligrosas, es una amenaza inmediata a todos los pueblos vecinos. (t. III, p. 381)

Más de tres décadas después, según denunció el Apóstol, continuaba presente aquella amenaza, incrementada y con nuevas motivaciones:

De una parte hay en América un pueblo que proclama su derecho de propia coronación a regir, por moralidad geográfica, en el continente, y anuncia, por boca de sus estadistas, en la prensa y en el púlpito, en el banquete y en el congreso, mientras pone la mano sobre una isla y trata de comprar otra, que todo el norte de América ha de ser suyo, y se le ha de reconocer derecho imperial del istmo abajo. (t. 6, p. 56)

Había comprendido que la tendencia predominante entre los políticos norteaños era transformar el país en «un poder continental», para lo que se argumentaba la necesidad de un gobierno fuerte y de grandes fondos «para vaciarse en la hora precisa sobre el continente» (t. 9, p. 342). Reveló la pugna entre quienes representaban la tendencia a atender preferentemente los asuntos domésticos y los que «hacían gala de ultraaguilismo, y de extender por sobre gran parte de la tierra las alas del águila», conocidos como «los imperialistas, los “mejores”» (t. 9, p. 345). Y llamó a enfrentar al imperio, para bien de su América y de Cuba.

A mediados del siglo XIX, el ilustre bayamés analizó los procedimientos empleados por aquella voraz nación para ampliar su territorio con la compra de la Louisiana a Francia y de las Floridas a España, y enjuició severamente cómo «de Tejas se apoderaron de un modo infame [...] por una de las guerras más inicuas le despojaron [a México] de gran parte de su territorio» (t. III, p. 381). Relató los métodos usados por el poderoso país contra su débil vecino, que poseía «una dilatada e indefensa frontera que no podía contener el

torrente de aventureros que pérfidamente se preparaban a precipitarse sobre ella» (t. III, p. 189). Y concluyó que «la injusta guerra que la confederación americana declaró a Méjico en aquel año [1846, tuvo un] triste desenlace [...] pues que perdió una porción considerable de su territorio» (t. III, p. 265).

En los años 80, Martí tuvo a su disposición un caudal de información que le permitió valorar de manera exhaustiva las causas del fenómeno descrito, provocado por los esclavistas del sur, responsables de la anexión de Texas como un Estado más en el que implantarían la despiadada explotación de la mano de obra negra. «Los colonos americanos inundaron a Texas y se alzaron con él», escribió. Electo presidente James K. Polk, defensor del expansionismo, entraron al territorio mexicano «so pretexto de defender a sus conciudadanos de Texas» (t. 13, p. 386). La guerra, sangrienta, culminó con la pérdida de aquella enorme extensión del país, que «un día fue invadida por ellos y quedó entre sus garras» (t. 7, p. 46).

Los propósitos yanquis no eran menos amenazantes para Cuba, consideró Saco en su época, y calificó de «muy inocente» a quien «se figura que un pueblo como el norteamericano está animado del sentimiento quijotesco». Todo lo que los Estados Unidos hicieran con respecto a nuestra patria «no será por simpatías de libertad ni por afecto a los cubanos, sino solo por su propio engrandecimiento» (t. III, p. 315). En momentos históricos diferentes, Martí enjuició de modo similar a la nación que poco había variado en sus características: «No fue nunca la de Norteamérica, ni aun en los descuidos generosos de la juventud, aquella libertad humana y comunicativa que echa a los pueblos, por sobre montes de nieve, a redimir un pueblo hermano, o los induce a morir en haces, sonriendo bajo la cuchilla, hasta que la especie se pueda guiar por los caminos de la redención con la luz de la hecatombe» (t. 6, p. 47).

Según Saco, tampoco era cualidad del Norte la lucha por la libertad humana, pues allí «gimen bajo el yugo de la esclavitud personal más de dos millones y medio de criaturas humanas; y si tanto le *desagrada* la opresión política de los cubanos, empiece antes por purgar su propia tierra, y no por apoderarse de la mía». Recordó a sus lectores que los norteamericanos apoyaron a su gobierno en la frustración de «la proyectada invasión de Cuba por las armas combinadas de Méjico y Colombia, que querían libartarla de España», en 1826, tema abordado en el Congreso Anfictiónico. Entonces «no consultaron sino su interés» (t. III, p. 315). El Apóstol, muchos años después, señaló, con similar esclarecimiento, la actitud del gobierno estadounidense ante los intentos latinoamericanos de contribuir a la libertad cubana: «cuando el sud, libre por sí, lo convidó a la mesa de la amistad [...] exigió que los ejércitos

Sería un error considerar que Martí asumió como propios los criterios de Saco; pero no lo es apreciar coincidencias entre algunos de los temas tratados por él en su extensa obra y asuntos elaborados por el reformista, como en el caso del anexionismo y el expansionismo estadounidense.

del Sur abandonasen su proyecto de ir a redimir las islas americanas del golfo, de la servidumbre de una monarquía europea» (t. 6, p. 47).

Saco afirmó que ningún cubano debía creer que hubiera, por parte de los Estados Unidos, intención alguna de contribuir a la abolición de la esclavitud, sino que

es una vergüenza, sí, que en la patria de Washington y Franklin, en la tierra clásicamente llamada de libertad, al cabo de 75 años de independencia la esclavitud personal, antes de haber cesado o disminuido, se haya propagado a regiones donde no existía, y que hoy mismo se está trabajando para introducirla en el Nuevo Méjico y la California.

Advirtió que la estabilidad de Cuba en el futuro «debe consistir en irse deshaciendo poco a poco de la esclavitud, y no injertarse en un tronco enfermo como el suyo» (t. III, p. 328). Y juzgó severamente a quienes se mostraran partidarios de unirse a un país como aquel, pues tendrían «la gloria de trabajar por convertir a Cuba en una sentina donde los Estados Unidos vayan a depositar las inmundicias de su esclavitud, y a purificarse de ellas por medio de la anexión» (t. III, p. 313). De forma similar a la previsión saquista, Martí mencionó aquella intención, con la que se tentó a Lincoln, que «pudo oír sin ira que un demagogo le aconsejara comprar [la Isla], para vertedero de los negros armados que le ayudaron a asegurar la unión» (t. 6, p. 48). Esta idea aparece expuesta de modo más descarnado en unas notas no publicadas, donde expresa que dicho presidente creyó que nuestro territorio era «propio solo para echar como en un vertedero, toda la hez de la guerra de la esclavitud» (t. 4, pp. 341-2).

Anexionistas. Expansionistas

No obstante sus severas críticas, Saco no enjuiciaba a todos los partidarios del anexionismo de modo similar, pues eran seguidores de una corriente heterogénea: «Compónese de elementos contrarios, pues los individuos que lo constituyen, unos desean la anexión, solo por el sentimiento generoso de gozar de la libertad de los Estados Unidos»; mientras a otros los motiva «el interés de tener esclavos, pues juzgan que

así podrán comprar cuantos necesiten, y conservarlos indefinidamente». Un tercer grupo participaba «simultáneamente de este deseo y del primero» (t. III, p. 291).²¹

Los matices de la tendencia anexionista eran del dominio de quienes se preocupaban por los destinos de la Isla, y en varias ocasiones Martí se refirió al tema. Sus razonamientos revelan un profundo conocimiento de la evolución histórica de esta corriente antinacional: «En Cuba la idea de anexión, —que nació para acelerar el goce de la libertad, ha mudado intento y motivo, y no es más que [...] el deseo de evitar la Revolución» (t. 21, p. 166). En sus orígenes fue alentada por una minoría, por lo general no vinculada al tráfico ni posesión de esclavos, inspirada en el loable deseo de evitar una guerra devastadora para libertar a la Isla del dominio hispano mediante la unión al país vecino; pero sus manifestaciones más generalizadas tendían a evitar las transformaciones profundas que requería la sociedad en su conjunto, cuyo primer paso se hallaba, como condición esencial, en el logro de la independencia.

Convencido de la necesidad de la unión de las grandes mayorías del pueblo en el enfrentamiento al colonialismo y en el previsible choque con la tendencia expansionista de los Estados Unidos, el Maestro situó en su justo lugar a quienes buscaban de modo sincero, aunque erróneo, la solución del problema cubano en las promesas de la poderosa nación nortea. Es por ello que en varios de sus escritos, a la vez que condenó a «los cubanos arrogantes o débiles o desconocedores de la energía de su patria», a la «clase oligárquica e inútil» (t. 4, p. 156), calificó a otros de «anexionistas sinceros» y expresó que estos debían ser tratados «con el respeto que toda opinión franca merece, porque la sustenta de buena fe más de un cubano sincero» (t. 2, p. 49) que desconfía de la aptitud de nuestro pueblo para alcanzar su propia redención y darse un gobierno firme y democrático que preservara a la nación de la inestabilidad y la encauzara hacia el desarrollo económico y social.

Eran múltiples las causas por las que en algunos cubanos honestos había arraigado aquella errónea forma de concebir la solución de los problemas que afrontaba el país; Martí enumeró algunas de ellas:

De confianza y gratitud excesivas fue el error principal [...] por el Washington de la leyenda [...] por el amor de

aquel Lincoln de quien llevamos luto los cubanos [...] por el cansancio de la incuria y tiranía de España [...] por la ciega pasión de las libertades yanquis, forma natural de toda alma ordenada del aborrecimiento a la opresión y desidia españolas (t. 3, p. 48).

Y por el temor de que, como consecuencia «de la ineptitud radical en que a su juicio nos deja la colonia [...] no sabremos [...] gobernarnos como nación» (t. 2, p. 49), confundidos, o atrapados por ilusiones, una pequeña parte de los cubanos llegó a poner la suerte de su país en manos de elementos foráneos. El Apóstol confiaba en atraer a estos a las filas independentistas, en una muestra más de confianza en la certeza de sus concepciones y en el poder de persuasión sobre quienes no compartían sus criterios.

Definidas las posiciones y esclarecidos los objetivos, Martí reiteró en múltiples ocasiones que solo mediante la revolución independentista podría alcanzarse la verdadera libertad de nuestra patria: «¿Por qué quieren anexarse? Por lo grande de esta tierra. Y ¿por qué es esta tierra grande, sino por la revolución?». Reprodujo en un apunte el razonamiento de un antagonista, imaginario o real, que pretendía disfrutar con la anexión «de los beneficios de la Revolución sin exponernos a sus peligros»; lo refutó, calificando de irracional tal argumento y señaló a continuación que si los políticos estadounidenses hicieran alguna concesión «será porque les viene beneficio», pues: «Nadie compra para beneficio de otros» (t. 21, p. 166) Ya había expresado que «es ley en política [...] que nadie goce de un beneficio cuyo precio no ha pagado» (t. 21, p. 165). La libertad de un pueblo no podía ser una dádiva, sino una conquista, como sentenció en su primer discurso dirigido a los compatriotas emigrados en Nueva York: «La libertad cuesta muy cara, y es necesario, o resignarse a vivir sin ella, o decidirse a comprarla por su precio».²²

En las altas esferas del país norteamericano no eran coincidentes las opiniones sobre la forma de apoderarse de Cuba. Saco explicó que «lejos de haber en los Estados Unidos la *unanimidad* que supone el *Amigo*, hay *tres* partidos sobre la adquisición de Cuba: uno que la desea por la guerra, otro por la compra, y otro que no la quiere» (t. III, p. 315). La adquisición de la Isla mediante una transacción de carácter puramente comercial era promovida por la administración yanqui, pero se enfrentaba a la resistencia de España, que contaba con el respaldo de Inglaterra y Francia, opuestas al dominio de aquel país sobre la mayor de las Antillas porque:

Los grandes intereses políticos y mercantiles q[ue] tienen en América, se venían muy comprometidos, si Cuba cayese en poder de los Estados Unidos; y como el gob[er]no de esta, lejos de hacer causa común con los invasores, los repudia y denuncia al mundo como criminales, Inglat[erra] y Francia pueden operar librem[ente], pues q[ue] ningún[un]o compromiso los liga con el gob[er]no de la Confederac[ión] (t. V, p. 81).

Dada la imposibilidad de enfrentar el poderío inglés y francés, algunos sectores del norte pretendían provocar un enfrentamiento bélico de los sectores más osados dentro de la Isla contra el dominio ibérico. Fomentarían la guerra con miras propias, advertía Saco, pues una vez que estallara se mezclarían en ella «a fuer de auxiliares», para lograr sus propios fines, porque

saben que esos trastornos debilitan la dominación española en Cuba; porque aspiran en medio de las revueltas a la posesión de la Antilla que tanto codician; y porque aun cuando no lo alcanzasen, con tal que Cuba lograra su independencia, ellos siempre ganarían, pues alejarían de América a una de las potencias europeas, que tiene colonias en ella. (t. III, p. 452)

Una invasión estadounidense equivaldría a «la destrucción de Cuba... *para los cubanos*» (t. III, pp. 276-7), señaló, pues las riquezas del país pasarían de sus poseedores a manos de los supuestos benefactores que, luego de promover las perturbaciones que conducirían a una contienda de resultados imprevisibles para quienes vivían en territorio cubano, «brindarían» su apoyo al bando que mejor les conviniera y siempre saldrían gananciosos, como aves de rapiña.

De nuevo se planteó esta amenaza, siempre latente, en los momentos en que la naciente potencia imperialista diseñaba la puesta en práctica de su política de dominio continental. Martí advirtió que con respecto a nuestro país

hay otro plan más tenebroso que lo que hasta ahora conocemos, y es el inicuo de forzar a la Isla, de precipitarla, a la guerra, —para tener pretexto de intervenir en ella, y con el crédito de mediador y de garantizador, quedarse con ella. Cosa más cobarde no hay en los anales de los pueblos libres:—ni maldad más fría.

Y concluía, con el dolor de constatar que algunos de sus coterráneos promovían aquella acción criminal:

¿Morir, para dar pie en qué levantarse a estas gentes que nos empujan a la muerte para su beneficio? Valen más nuestras vidas, y es necesario que la Isla sepa a tiempo esto. ¡Y hay cubanos, cubanos, que sirven, con alardes disimulados de patriotismo, estos intereses!²³

Coincidencia y ruptura

No obstante las numerosas coincidencias señaladas, el legado saquista de análisis y prevenciones estaba orientado en una dirección distinta a la que sustentaba Martí, lo que constituye una evidente ruptura ideológica. Para Saco, la tendencia anexionista representaba una amenaza para «la clase alta de criollos y de peninsulares», que podrían perder el poder político y las riquezas a manos de elementos foráneos que a corto o mediano plazos sustituirían a «la *élite* blanca que gobierna».²⁴ En sus textos, constatamos que su objetivo final era

mantener a Cuba dentro del área de influencia de España. Consideró que su *Réplica* a los anexionistas «valía en Cuba más que 50 000 bayonetas» (t. III, p. 377), dispuestas a defender el sistema colonial.

En sentido opuesto, la concepción martiana forma parte consustancial de su proyecto de liberación nacional, cuyos objetivos eran la independencia absoluta de Cuba, las Antillas, Nuestra América y alcanzar la emancipación humana. Sus propósitos tenían un indiscutible carácter popular, pues no se orientaban a la defensa de los intereses de las clases más favorecidas, sino del conjunto de la sociedad, de la que eran mayoría quienes producían las riquezas con su trabajo, talento y esfuerzo. Señaló entre los partidarios de la unión a los Estados Unidos a «un grupo importante de hombres cautelosos, bastante soberbios para abominar la dominación española, pero bastante tímidos para no exponer su bienestar personal en combatirla»; y condenó a quienes apoyaban esta solución por creer que les facilitaría «gozar de los beneficios de la libertad sin pagarlos en su sangriento precio». Entre ellos se encontraban: «Todos los tímidos, todos los irresolutos, todos los observadores ligeros, todos los apegados a la riqueza».²⁵

El Apóstol hizo evidente que la idea anexionista era alentada por sectores no representativos de las grandes masas de la población. Sin embargo, la situación de Cuba, sumida en una crisis económica que avanzaba, y sometida a la humillación constante de los integristas, podía conducir al país por vías insensatas. Los miembros de la oligarquía, aquellos «soberbios», «apegados a la riqueza», y los grupos seguidores de estos, favorecían la anexión, porque aspiraban ante todo a preservar sus intereses materiales, y en algunos pervivía la ilusión de recibir ayuda desinteresada de la vecina potencia. Era una minoría, pero podía arrastrar tras de sí a considerables sectores de la pequeña burguesía y de las capas medias, pues gozaba de influencia ideológica, poder económico y formación cultural, así como experiencia en la conducción de los diversos grupos sociales desde las direcciones de las organizaciones políticas existentes en la Isla. A este peligro se enfrentó Martí con la concepción unitaria que permitió al Partido Revolucionario Cubano consolidar el bloque multiclasista, integrado por amplios sectores en los que primaba la conciencia antioligárquica, y que aspiraban a la independencia absoluta y la instauración de un régimen democrático.²⁶

«Nacionalidad blanca». Nacionalidad cubana

Pero desviaría los objetivos del análisis histórico de los argumentos del reformista bayamés la adopción de un criterio simplificador que lo reduzca a la categoría

exclusiva de defensor de los intereses materiales de las clases poseedoras. En su pensamiento hallamos una dimensión cultural y sociológica de gran alcance, aunque lastrada, como veremos, por sus prejuicios contra los negros y mulatos. Advertía que si los Estados Unidos lograban apoderarse de Cuba, «víctima sería de la rapacidad americana, en cuyas garras perecerían sus tradiciones, su nacionalidad y hasta el último vestigio de su lengua» (t. III, p. 398). Como parte de sus valoraciones, estableció un paralelo entre lo ocurrido a los pobladores originarios de la mayor de las Antillas y «en casi toda la América, porque las nacionalidades indias, que en ella existían, fueron absorbidas o aniquiladas por las nuevas razas conquistadoras»; y lo que sucedería a la nacionalidad cubana, «si nuestra Isla cayese en las garras del águila del septentrión, ora conservase el nombre de Cuba, ora se le diese otro distinto» (t. III, p. 358).

El logro de los propósitos anexionistas equivaldría a la pérdida de la nacionalidad, pues la Isla sería *absorbida* por los Estados Unidos, no agregada a estos en condiciones de igualdad, como una de sus partes componentes. Previó que la emigración estadounidense a Cuba sería muy abundante, y en pocos años los *yankées* serían más numerosos que nosotros, «y en último resultado no habría reunión o *anexión* sino *absorción* de Cuba por los Estados Unidos». Y concluía: «Verdad es que la isla siempre existiría; pero yo quiero que Cuba sea para los cubanos y no para una raza extranjera» (t. V, p. 253).

Si sobre su país tremolase «el pabellón americano», afirmó «que no inclinaría mi frente ante sus rutilantes estrellas, porque si he podido soportar mi existencia siendo extranjero *en el extranjero*, vivir extranjero en *mi propia tierra* sería para mí el más terrible sacrificio» (t. III, p. 372). Eran ideas que reflejaban un hondo sentido de pertenencia a un grupo humano con rasgos distintivos que no debían arriesgarse por defender la errónea aspiración de separarse del dominio hispano para someterse a otro poder, aun peor que el existente, porque conllevaba la desaparición de lo más preciado, la nacionalidad cubana, cuya defensa constituye «el punto central de coherencia del pensamiento de Saco».²⁷ Su posición contra el anexionismo y su lucha por abolir la trata son dos expresiones del enfrentamiento a todo cuanto la amenazara.

Hasta este punto, cualquier patriota de la segunda mitad del siglo XIX podría suscribir las argumentaciones expuestas. Pero la definición del concepto saquista de nacionalidad revela la enorme divergencia con el ideario martiano. Aquel expresó que «todo pueblo que habita un mismo suelo, y tiene un mismo origen, una misma lengua, y unos mismos usos y costumbres, ese pueblo tiene una *nacionalidad*». Y continuaba:

Ahora bien; ¿no existe en Cuba un pueblo que procede del mismo origen, habla la misma lengua, tiene los mismos usos y costumbres, y profesa además una sola religión, que aunque común a otros pueblos, no por eso deja de ser uno de los rasgos que más le caracterizan? Negar la nacionalidad cubana, es negar la luz de los trópicos en punto de mediodía (t. III, p. 355).

Pero al precisar los componentes humanos de esta afflora la base racista de su concepción: «La nacionalidad cubana, de que yo hablé, y de la única que debe ocuparse todo hombre sensato, es de la formada por la raza blanca, que solo se eleva a poco más de 400 000 individuos» (t. III, p. 355). Su racismo no le permitió discernir entre los individuos desarraigados, negros o blancos, sino que excluyó a los primeros de la nacionalidad cubana sin tener en cuenta que su mayoría formaba parte intrínseca del pueblo de la Isla, mientras gran número de personas de tez clara llegaba de la Península solo con el afán de enriquecerse desde sus puestos en la administración, los negocios fraudulentos o el ejército, para luego de pocos años de saqueo volver con sus fortunas espurias al territorio de donde provenían. En su aspiración de que Cuba fuera parte, en igualdad de condiciones, del Estado multinacional español, pretendía mantener la supuesta pureza racial mediante la exclusión de los seres de piel oscura, que entonces sobrepasaban considerablemente a los denominados blancos: hacia 1841, el número de esclavos alcanzaba la cifra de 436 495 y los libres «de color» eran 152 838, de modo que los «no blancos» ascendía a 589 333 individuos, de un total de 1 007 624 habitantes.²⁸ Tal magnitud de población no podía ser marginada, suprimida, en un análisis imparcial y objetivo de la realidad del país.

No admitió que los negros y mulatos criollos eran parte consustancial de la nacionalidad que se iba formando con los disímiles aportes de todas las culturas que arribaban a la Isla.²⁹ No obstante, concibió la idea, compartida por otros racistas, de lograr a toda costa el predominio de la población blanca sobre la negra no solo a través de un paulatino «blanqueamiento» de la Isla, garantizado por la inmigración europea y el «cruzamiento» racial, sino también con la gradual desaparición física de los «hombres de color» del territorio cubano, como una necesidad política de seguridad y estabilidad, para lo que se acudiría a la deportación o a la emigración voluntaria o compulsada hacia África.³⁰

Su posición tenía hondas raíces en el temor a una posible sublevación de los esclavos, quienes unidos a los negros y mulatos libres, consideraba un peligro latente para los únicos que estimaba como cubanos, los blancos:

es cierto y muy cierto es, que deseo ardientemente, no por medios violentos ni revolucionarios, sino templados y pacíficos, la disminución, la extinción, si posible fuera,

de la raza negra; y la deseo, porque en el estado político del archipiélago americano, ella puede ser el instrumento más poderoso para consumir la ruina de nuestra Isla (t. III, p. 222).

De hecho, planteó la existencia de dos nacionalidades irreconciliables, al considerar que los negros eran elementos ajenos y contrarios a los blancos, y llegó a afirmar: «Cuba nos ofrece un triste ejemplo de esta verdad, pues allí habitan por nuestra desgracia, dos razas enemigas» (t. III, p. 357). De este modo se hacía eco, de manera consciente o no, del tan manido argumento colonialista del «terror negro», sustentado en los sucesos de la Revolución haitiana, que invoca en una de sus obras fundamentales:

Ante sus ojos tienen los cubanos esa terrible lección, y el día en que la olvidaren, una catástrofe sangrienta vendrá a recordarles las desgracias de un pueblo vecino. *No revolución ni guerra civil, sino paz y unión en Cuba*. Es la gran enseñanza que los cubanos deben sacar del ejemplo de Santo Domingo (t. III, p. 321).

Martí tenía como uno de los pilares de su concepción unitaria la negación de aquellas tendencias inculcadas y estimuladas por el colonialismo: «En Cuba no hay temor alguno a la guerra de razas. Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro. Cubano es más que blanco, más que mulato, más que negro» (t. 2, p. 298). Durante la Guerra de los diez años se habían establecido las bases legales de aquella confluencia: «la primera constitución de la independencia el 10 de abril en Guáimaro, no habló nunca de blancos ni de negros» (t. 2, p. 300). Calificó aquellos falsos temores de cobardía y mascarada contrarrevolucionaria: «la tacha de amenaza de la raza negra con que se quisiese inicuaamente levantar, por los beneficiarios del régimen de España, el miedo a la revolución».³¹

Como en múltiples ocasiones, durante la realización del Congreso Internacional Americano, advirtió los peligros que representaban las aspiraciones yanquis para la nacionalidad cubana, no por el vínculo inevitable con aquel país, sino porque sin el logro de la independencia los Estados Unidos impondrían una transformación «que es como la pérdida, de nuestra nacionalidad» (t. 1, p. 255). Pero su concepción se hallaba en las antípodas de la defendida por Saco, pues incluía todos los elementos, heterogéneos y diversos en pigmentación y características espirituales que habían ido conformando lo cubano, en un complejo proceso cultural, del que formaban parte consustancial, inseparable, junto a los denominados «blancos», los «hombres de color». Sin embargo, más que a la nacionalidad se refirió a la patria, que definió en uno de sus primeros textos: «Patria es comunidad de intereses, unidad de tradiciones, unidad de fines, fusión dulcísima y consoladora de amores y esperanzas».³²

Esta unión estaba amenazada por los prejuicios raciales y la discriminación, presentes en amplios sectores de la sociedad cubana, y que minaban el movimiento revolucionario; esto hizo de su enfrentamiento parte esencial de su estrategia política. Desenmascaró las falsedades de las supuestas demostraciones «científicas» de la existencia de razas inferiores, que tenían acogida en determinados círculos intelectuales y se divulgaban masivamente, y luchó de modo sistemático contra quienes enarbolaban las diferencias externas para provocar temores, prevenciones y suspicacias. Insistió en que el hombre de piel oscura no aspiraba a la libertad, la felicidad y la independencia de nuestro país «como negro, sino como cubano» (t. 3, p. 1),³³ idea que constituía, y constituye, un sólido pilar del enfrentamiento a cualquier género de racismo, pues en la defensa de la unidad nacional no pueden concebirse facciones que se propongan objetivos aislados de los intereses de las grandes mayorías.

Saco-Martí

Los señalados son algunos de los ejemplos de las coincidencias y divergencias entre ambos pensadores, separados no tanto por el tiempo, dada la longevidad de Saco, como por los objetivos propuestos, los intereses que representaban y el carácter de su accionar en las sociedades en que vivieron.

El análisis realizado, y otros similares, demuestra la necesidad del estudio de las obras de los más disímiles creadores, que pueden constituir fuentes de enriquecimiento intelectual tanto para el perfeccionamiento de la argumentación propia, ya formada, como de incitación a la búsqueda de nuevas áreas del saber y del hacer.

Notas

1. José Martí, «Oscar Wilde» (*El Almendares*, La Habana, enero de 1882 y *La Nación*, Buenos Aires, 10 de diciembre de 1882), *Obras completas (OC)*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963-1973, t. 15, p. 361. Si no se advierte lo contrario, todas las citas martianas son de esta edición. Se señalarán el tomo y la página en el cuerpo del texto.

2. Sobre las influencias en el pensamiento del Maestro, véase Medardo Vitier, *Martí. Estudio integral*, Publicaciones de la Comisión Nacional Organizadora de los Actos y Ediciones del Centenario y del Monumento a Martí, La Habana, 1954, pp. 27-34. Un panorama de las relaciones del pensamiento martiano con el de Varela, Luz y Saco se encuentra también en la obra de Roberto D. Agramante, *Martí y su concepción del mundo*, Editorial Universitaria, San Juan de Puerto Rico, 1971. Los estudios de mayor profundidad sobre estos vínculos, a la vez que indican la continuidad con Luz y Caballero y Rafael María de Mendive, son: Cintio Vitier, «El padre Félix

Varela como precursor del ideario martiano»; Julio Le Riverend, «La conciencia histórica cubana», Olivia Miranda, «Varela y Martí: origen y culminación del pensamiento revolucionario cubano en el siglo XIX», todos en *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, n. 12, La Habana, 1989.

3. La información ha sido tomada de «José Antonio Saco y su época. Vida y obra», en José Antonio Saco, *Acercas de la esclavitud y su historia*, (sel. e introd. de Eduardo Torres Cuevas y Arturo Sorhegui), Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1982, pp. 117-26.

4. Raimundo Menocal, *Conflicto de orientaciones: Saco y Martí*, Editorial Aquiles, La Habana, 1950; Josef Opatrný, «La cubanidad y la nación cubana: José Antonio Saco y José Martí», *Tebeto. Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura*, Fuerteventura, 2004, pp. 93-107; Paul Estrade, *José Martí. Los fundamentos de la democracia en Latinoamérica*, Ediciones Doce Calles, Madrid, 2000, pp. 359-64.

5. Medardo Vitier, ob. cit., p. 34; y Roberto D. Agramonte, ob. cit., pp. 129-30 y 748-50; Fernando Ortiz, «Últílogo», en José Antonio Saco, *Contra la anexión*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, p. 407.

6. El énfasis es mío. I.H.P.

7. José A. Saco, *Contra la anexión*, ed. cit., p. 83.

8. Breves menciones a Saco, además de las señaladas, se hallan en *OC*, t. 5, p. 145-6, 281-2 y 344; y t. 22, p. 44 y 167.

9. José Martí, «Por la hija de Saco» (*Patria*, 15 de septiembre de 1894), en Carlos Ripoll, comp., pról. y notas, *Escritos desconocidos de José Martí. Cuba. Puerto Rico. Propaganda revolucionaria. Jamaica. Crítica. Estados Unidos*, Eliseo Torres & Sons, Nueva York, 1971, p. 95. María Ana Cristina estuvo amparada por su hermano, Narciso López Frías, hasta su deceso en París el 18 de octubre de 1898. (Véase Olga Portuondo Zúñiga, *José Antonio Saco, eternamente polémico*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2005, p. 131).

10. Sobre la publicación de las obras de Saco véase Eduardo Torres Cuevas, «Ensayo introductorio. José Antonio Saco. La aventura intelectual de una época», en José Antonio Saco, *Obras*, v. I, Imagen Contemporánea, La Habana, 2001, p. 65. Si no se indica lo contrario, las citas de Saco han sido tomadas de esta edición. Se señalarán el volumen y la página en el cuerpo del texto.

11. *Ibidem*, pp. 74-5; Olga Portuondo, ob. cit., pp. 183-4; y Jorge Ibarra Cuesta, *Varela el precursor. Un estudio de época*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004, pp. 252-3.

12. Sobre la formación filosófica inicial de Saco, véase Olga Portuondo, ob. cit., pp. 46-50 y 60-62; y Eduardo Torres Cuevas, ob. cit., pp. 14-22. Para una visión general del pensamiento filosófico martiano, véase Manuel Isidro Méndez, Martí. Estudio crítico-biográfico, Comisión Nacional Pro-monumento a Martí, La Habana, 1941, pp. 205-27; Medardo Vitier, ob. cit., pp. 279-99; y Pablo Guadarrama González, «Martí y el positivismo *sui generis* latinoamericano», Por el equilibrio del mundo, Taller Vargas Impresores, S.A., México, DF, 2003, pp. 153-68.

13. Véase Eduardo Torres Cuevas y Arturo Sorhegui, «Introducción», en José Antonio Saco, *Acercas de la esclavitud...*, ed. cit., pp. 32-3 y ss; Cintio Vitier, «Etapas en la acción política de Martí», *Temas martinianos*, Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, 1969, pp. 18-66.

14. Véase Ibrahim Hidalgo Paz, «Incursiones en los orígenes del antimperialismo martiano», *Incursiones en la obra de José Martí*, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1989, pp. 57-61.

15. Al ser apuntes, Martí utilizó abreviaturas.

16. El texto ha sido rectificado mediante el cotejo con el original.
17. Véase Luis Toledo Sande, «*A very fresh spaniard*: personaje literario de José Martí», *José Martí, con el remo de proa*, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990, pp. 139-55.
18. El énfasis es mío. I.H.P.
19. Véase Olga Portuondo, ob. cit., pp. 62-3 y 67-71.
20. Un ejemplo de la recepción creadora de la obra de Saco puede apreciarse en la reproducción de las palabras citadas por *La Doctrina de Martí*, en medio de la campaña antianexionista llevada a cabo por este periódico en abril de 1898. (Véase Ibrahim Hidalgo, «Defensa de *La Doctrina*», en *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, n. 20, La Habana, 1997, pp. 33-5).
21. Sobre las distintas corrientes del anexionismo, véase Eduardo Torres Cuevas, «Ensayo introductorio...», ed. cit., pp. 58-60.
22. Véase José Martí, «Asuntos cubanos. Lectura en Steck Hall, Nueva York, 24 de enero de 1880», *Obras Completas. Edición Crítica*, (OCEC), t. 6, p. 145, 2000-2007.
23. José Martí, «Carta a Gonzalo de Quesada» (Nueva York, 14 de diciembre de 1889), *Epistolario*, t. II, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1993, p. 170.
24. Olga Portuondo, ob. cit., pp. 153 y 154.
25. José Martí, *Epistolario*, ed. cit., t. I, p. 238.
26. Véase Ibrahim Hidalgo Paz, «Antianexionismo y antimperialismo en *Patria*», *IncurSIONES...*, ed. cit., pp. 212-6.
27. Eduardo Torres Cuevas y Arturo Sorhegui, ed. cit., pp. 48 y 61-2.
28. Saco debió basarse, para su afirmación sobre los «poco más de 400 000 individuos» blancos, en el censo de 1841, como puede apreciarse en *Las estadísticas demográficas cubanas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 22-3. Véase María del Carmen Barcia, *Burguesía esclavista y abolición*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987, p. 177.
29. Véase Eduardo Torres-Cuevas, «Ensayo introductorio...», ed. cit., pp. 90-2; Jorge Ibarra, ob. cit., pp. 233-5 y 257-8, y Olga Portuondo, ob. cit., pp. 161-9. Una opinión diferente sobre el racismo de Saco en Fernando Ortiz, «Prólogo», en José Antonio Saco, *Contra la anexión*, ob. cit., pp. 72-3.
30. Jorge Ibarra (ob. cit., pp. 217-8) resume el plan concebido en 1864. Véase un análisis sobre la adopción de este criterio en Eduardo Torres Cuevas y Arturo Sorhegui, ed. cit., pp. 81-2.
31. José Martí, *Manifiesto de Montecristi. El Partido Revolucionario Cubano a Cuba*, edición facsimilar, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985, pp. 12 y 14.
32. José Martí, *OCEC*, ed. cit., t. 1, p. 106. Véase Paul Estrade, ob. cit., pp. 359-69; y Eduardo Torres Cuevas, «Patria, pueblo y revolución: conceptos bases para la historia y la cultura en Cuba», *Nuestra común historia. Poblamiento y nacionalidad*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1993, pp. 1-22.
33. Véase Israel Escalona Chávez, *Lo social en lo político. Revolución y lucha social en José Martí*, Ediciones Santiago, Santiago de Cuba, 2001, pp. 41-6; y Jean Lamore, «Historia y “biología” en la “América mestiza” de José Martí», *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, n. 2, La Habana, 1979, pp. 92-110.